

dos que fueron, comenzaron á mirar la grandeza de aquella casa; y como la mar batiese por tantas partes, hacíase allí una alegre soledad, y habiendo estado allí un poco de tiempo Menelao, los metió en una de aquellas casas, mandándoles dar muy cumplidamente de comer, y partióse á su nao diciendo que iba á hacer poner en órden algunas cosas que le convenian, y así quedaron; pero no tardó mucho que mas de veinte hombres armados entraron, y dentre las manos les llevaron á Florisea; lo cual, viendo Clareo que delante de sus ojos le llevaban las cosas que mas que á sí mismo quería, con muy grandes gritos comenzó de dolerse y quejarse de tan gran traición. Y á las grandes voces vinieron muchas gentes, así de los que moraban en la torre como de la ciudad, y como Clareo fuese de todos tan amado y querido, mucho se dolían de su mal. Y ciertos capitanes mandaron armar una nao y comenzaron á seguir á Menelao, que ya comenzaba de se ir, y luego vino otra, y así fueron tras aquel cosario, que en breve tiempo iban alcanzando: y queriendo combatir la nao, pareció en la alto della Florisea las manos atadas dando grandes gritos; y un cosario de aquellos, estando así la pobre y triste doncella atada, le cortó la cabeza, y le arrojó el triste cuerpo en la mar.

La cual cosa, viendo Clareo, y con sus tristes ojos mirando tan gran desventura, no de otra manera quedó espantado y atónito, de lo que queda alguno á quien el rayo de Júpiter hiere, sin de todo lo matar; y con grandes lágrimas, sin mas pensar, se iba á lanzar en la mar, si no fuera detenido de aquellos que iban con él, á los cuales muy piadosamente rogó, que ya que no le concedían el morir juntamente con quien su misma vida era, que le ayudasen y favoreciesen para poder cobrar aquel triste y sin ventura cuerpo, y podelle dar sepultura, porque de los peces no fuese manjar; y ellos siendo movidos á piedad detuvieron la nao; y dos marineros de aquellos saltaron fuera, y nadando cobraron el cuerpo, en el cual tiempo los cosarios se fueron y alejaron, y Clareo con los de su compañía se tornaron al puerto, adonde abrazándose con aquel cuerpo muerto, bañado con sus tristes lágrimas, muy triste llanto comenzó de hacer, diciendo:

«Oh desdichada y sin ventura Florisea, y qué muerte tan dura los hados te quisieron dar, cortando y rasgando la hoja de tu vida en tan tierna edad, no guardando las parcas la órden que á tus tiernos años era debida! Oh mares, oh cielos, oh montes, oh tierras! A vosotros me quejo, á vosotros llamo, á vosotros pido que no consentáis que viva quien tan aborrecida la vida tiene. Oh Florisea de mí tan amada y querida, y cuán mal galardón te dió la fortuna, qué mal te pagué los grandes trabajos que por mí sufriste y pasaste! Yo te saqué, querida señora mía, de casa de tu padre, adonde eras regalada y de todos querida y amada, como única y sola hija; yo te truje por los mares bravos, no siendo usada en tales fortunas ni trabajos; por mí dejaste tu tierra, por mí dejaste tus padres, por mí te veniste á reinos extraños; en galardón de lo cual, sin cabeza, arrojaron tu cuerpo en la brava y loca mar. Pues; oh gargantas del amarillo infierno, abríos todas y tragad hombre tan sin ventura; y vos, ondas del río Leteo, río del olvido; y vosotras, lagunas dolorosas y tristes, ahogad mi cuerpo y quitad mi vida! Y vos, mares, causa de todo mi mal, ¿por qué no venís, y en mi vuestro furor todo ejecutáis, dándome la muerte, como distes á quien era mi vida, á quien era mi gloria, á quien era mi descanso, por quien siempre vivía y sin ella vivir no puedo? Oh crueles hados, oh cruel muerte, oh cruel Menelao! á todos os acuso y á Dios de todos me quejo. Oh cuerpo dulce, oh miembros pesados, oh manos mudadas! Y ¿qué es de aquella hermosa cabeza, de vos tan sin piedad cortada? Adónde son agora aquellos claros y hermosos ojos? adónde son agora aquellos rubios cabellos, aquellos blancos dientes, aquella pequeña y colorada boca, aquel

lindo cuello, aquella tan hermosa frente, aquellas blancas y coloradas faces? Oh Florisea, vida y señora mía, y qué tristes bodas haré yo con este tronco, vos muerta y perdida! Oh bienaventurado mar, pues en tan breve espacio escondiste en tí la cosa mas noble y de mayor hermosura, que otra ninguna hasta aquí se ha visto! Pero pues que la envidiosa fortuna me quitó poder besar tu hermoso rostro, á lo menos no me quitará que yo abrace este sangriento cuerpo y con muchas lágrimas bañe, pues quiso mi ventura darme por mujer y esposa una doncella muerta y sin cabeza, vista cortar por mis propios ojos.»

Estas y otras palabras diciendo, hizo dar sepultura conveniente á aquel cuerpo, y así se tornó en Alejandria, haciendo siempre gran llanto y viviendo en triste vida, hasta que el tiempo, como buen médico, lo comenzó algun tanto á curar, deteniéndose allí algunos dias esperando la venida de Floresindos, su hermano, que dentro de un año habia de venir.

CAPITULO VIII.

En el cual Isea cuenta de qué manera quiso su ventura que se enamorase de Clareo, y la causa de su alegría en Alejandria.

Quiso pues mi suerte, piadosas y hermosas señoras, que yo, que natural soy de la ciudad de Efeso, vine allí en Alejandria, acompañada de muchos de mi casa; y la causa de mi venida fué por saber de mi marido, que allí se habia embarcado, y las nuevas que hallé fueron, que se habia perdido en la mar, las cuales para mí fueron tan amargas y tristes, que ningunas otras pudieran ser mas; porque como yo hubiese poco tiempo que era casada, y me viese tan presto viuda; siendo tan moza y de pequeña edad, con gran pena podia sufrir mi nueva y triste adversidad; y como fuese extranjera, sola conmigo lloraba mi gran pena y trabajo, sin tener otra compañía mas que la de mis lágrimas y continuos suspiros, y grandes cuidados, amando todas las cosas tristes, y aborreciendo las alegres. Y para remedio desta mi triste vida, quiso mi ventura que viviendo cerca de la casa de Clareo, y oyendo hablar dél y de la muerte de Florisea, lo desee ver y conversar por tener entendido que era triste como yo. Oh triste de mí! Qué triste era yo! Y tristes busqué, y triste vivo, y triste viviré siempre, por haber buscado causa para siempre serlo, hasta que la muerte dé fin á estos mis trabajos, y al derramar destas mis continuas lágrimas, las cuales tan mis amigas son, que ni ellas sin mí, ni yo sin ellas vivir podemos. Rompiendo juntamente los cielos con grandes suspiros y mortales llantos, enterneciendo con ellos á los duros y marmóreos corazones, viviendo con gran deseo, como digo, de ver á Clareo, y trabajando cumplir lo que tanto deseaba, y no hallando vía para ello, con causa me quejaba de mí y de mi poca ventura, la cual quiso para mi mayor desventura, que en Alejandria se ordenaron unas justas por los gentileshombres de aquella tierra, á las cuales Clareo por ruego de muchos salió, por mas mostrar su tristeza; y entrando lo hizo con mucha gracia, y á contentamiento de todos aquellos que lo miraban; y siendo acabados, yo me volví á mi casa amando ya tan encendidamente á Clareo, que olvidada la muerte de mi marido, en otra cosa no pensaba, deseando hallar alguna vía para poderle manifestar mi pena y el gran amor que le tenia; y no pudiendo hallar ni un camino, con gran dolor mi triste vida pasaba, harto mas alegre con todo de lo que agora es esta, y temo que aun será peor.

Estando pues mis cosas en estos términos que aquí digo, quisieron mis tristes hados que yo viviese en una gran casa, en la cual muchos forasteros, personas principales, alojaban, por ser posada muy rica y principal. Era el señor de la casa hombre ya de edad, casado con una muy hermosa mujer, regocijada y de noble condicion, pero muy recogida y honesta, á la cual amaba Rosiano, compañero y amigo de Clareo; pero como ella fuese tan honesta, poco

se le daba de ninguno, lo cual á Rosiano daba muy gran pena; y no pudiendo por ninguna forma hablar á Ibrina (que así se llamaba), buscó manera cómo le pudiese hacer entender el gran deseo que de servirla tenia; y fué así que como él aun no tuviese barba, y fuese muy gentil hombre, vistióse en traje de mujer viuda, y con gran compañía, fingiendo ser extranjera que allí á Alejandria á negocios venia, vino á alojarse en la misma posada en que yo estaba, y despidiendo la gente, diciendo que la enviaba á cierto negocio, se quedó allí solamente con un paje, que en vestidos de doncella lo servia, y así se estuvo algunos dias en aquella vida, hasta tanto que se vino á descubrir, y á ser amado y en extremo querido de Ibrina, lo cual todo yo vine á saber, porque Ibrina me quería tanto, que todo el negocio me descubrió. Y como ella supiese que yo amaba á Clareo, díjome que esta seria buena vía para que mi mal tuviese algun remedio, y que ella fiaba tanto en Rosiano, por lo mucho que se querian, que él en todo haria buen oficio.

Yo, como ninguna cosa mas desease, agradécille mucho aquella voluntad, diciendo que haria en todo lo que ella ordenase. «Pues sea así (dijo Ibrina): Rosiano se quiere ir mañana, y después vendrá aquí diciendo que tiene unas letras de Efeso para daros, y desta manera podeis hablar con él vuestras cosas, y yo gozar de mis amores;» pareciéndome á mi buena razon, díjele que era contenta, y así se dió órden que se hiciese. Y salido Rosiano, dentro en tres dias volvió, y demandando por mí subió á hablarme. Yo le recibí alegre y cortesmente, y tratamos de diversas cosas; pero á la fin, como el amor que yo tenia á Clareo fuese grande, y la pena que sufría no menor, esforzándome (aunque no con pequeña vergüenza) le comencé á hablar, diciendo: «ya, señor Rosiano, habreis entendido por Ibrina, señora desta posada, cómo mi ventura ha querido y mis hados ordenado, que yo amase y quisiese á Clareo vuestro gran amigo y compañero, y cuán gran deseo tengo de con él me casar, por lo cual á mí me pareció que, siendo yo tan amiga de Ibrina, no era sin razon daros esta cuenta, y pedir os rogaros que vos seais aquel por quien mis grandes deseos se cumplan, y yo alcance las cosas que tanto quiero y mas que á mí misma, amo; y esto con infamalle y hablalle, dándole á entender cuán rica soy y de cuán nobles padres nacida, las cuales cosas todas le podrán decir muchas personas que aquí de Efeso se hallarán; y con esto cesé. Y Rosiano muy cortés y cuerdamente me respondió, diciendo que él hablaría con Clareo, y le diría cuán venturoso se podía llamar en haberle la ventura dado cosa tan al propósito para sufrir sus trabajos, y de todo olvidallos. Y porque él quería con la obra mostrar su voluntad, que á la misma hora iba á hablar con Clareo, y así se despidió, quedando yo esperando la respuesta de mi vida ó de mi muerte, temiendo siempre que bastaba yo desear una cosa tanto para que jamás se me cumpliese; porque todos los sin ventura, entre otras penas, padecen esta, que asaz grande llamarse puede.»

CAPITULO IX.

Cómo Clareo no quiso conceder en los grandes ruegos de Rosiano, y de la gran pena que por esta causa Isea sufrió, sin podelle ninguna cosa remediar.

Llegado Rosiano á su posada, luego tomó aparte á Clareo, y le dijo: «sabe, amigo mio, que la diosa Venus ha querido, en pago de tu fe y del sentimiento que por Florisea haces y has hecho, darte una diosa por mujer, la cual es una hermosa viuda, que Isea se nombra, moza de edad de diez y ocho años, natural de la ciudad de Efeso, la cual me ha mandado llamar y dicho con gran amor que se quiere casar contigo, y hacerte señor de todos sus bienes, que en extremo son tantos que toda tu vida serás rico, y á nosotros harás dichosos. Y pues Florisea no ha de resuscitar,

no dejes de hacer lo que tanto conviene, no lo dilatando porque fortuna no mude su rueda; porque esta que te quiere es rica, con lo cual tú honestamente y con mucha honra podrás vivir; es hermosa porque su rostro es blanco y de mucha majestad y señoril honestidad lleno, con color natural y sin ningún artificio compuesto, tan agraciada que parece ser de leche con sangre mezclada, y sus cabellos crespos y rojos, á lo que yo ver pude, porque estaba vestida aun como viuda; pero de suerte que yo pude bien ver todo lo que dicho tengo, y al despedir, como se levantase en pié, me pareció tener grande y agraciado cuerpo.»

Clareo le respondió que él tenia en mucho tan buena suerte; pero que él por ninguna vía pensaba tomar mujer, habiéndole faltado en aquella tierra su querida Florisea; y afirmóse tanto en esta opinion, que por cosa que le dijese no lo pudo ya mas sacar della, por mas que trabajó aquella y otras muchas veces; y así resuelto de no poder acabar con Clareo que por mujer me tomase, me traje la respuesta, la cual me dió tanta turbacion y tristeza, que por un gran rato no pude hablar. Pero, disimulando mi mal, encubrí mi dolor, aunque no de suerte que no se viese en mi rostro (porque pequeña es la pena que ningún seso encubrir puede); y así Rosiano se partió de mí, y yo recogida en mi cama, después de gran llanto haber hecho, comencé á decir, acompañando mis tristes palabras con amargos suspiros:

«Oh cruel fortuna, y cómo quieres ganar honra con una sin ventura y flaca mujer, vencida de la voluntad, sin poder obedecer á ninguna cosa sino al amor que con flecha dorada mis tiernas entrañas ha traspasado, hiriendo á Clareo con flechas de plomo para mayor pena mía y olvido suyo! Oh Florisea! Grande debia ser tu planeta, pues á tantos tu muerte da pena, y así la mar no á una sino á muchas quitó la vida, causando todas estas cosas el poderoso amor con sus encendidas llamas y fuertes saetas; el cual hiriendo descuidadamente traspasa el alma, prende el cuerpo, ciega el entendimiento, y destierra la razon, y abrasa y quema las entrañas, por mas fuertes y duras que sean, y así despedaza los miembros como un bravo león ó tigre, sin quedar ninguna parte del mundo que su daño no sienta, no bastando ninguna suerte de personas á poderse defender de sus manos, atormentando á los tristes enamorados mas crudamente de lo que en los infiernos atormentan á los dañados; y así yo metida en este deseo me enojo, y me atormento, y me abraso, y me quemó, y me aflijo y me aflano, puesta en una rueda de trabajos, viviendo sin vida y muriendo con ella. Oh cuitada de tí, Isea triste y extranjera, y cómo podrás sufrir tantos dolores, y cuánto mejor te fuera morir en la brava mar, ó ser despedazada de algunos tigres ó bravos leones! Oh amor, y de cuántos daños has sido causa, haciendo siervos los que son libres, y tornando locos á los que son sabios! Porque ¿qué mayor locura puede ser que negarse uno á sí mismo, y entregarse á otro por siervo y cautivo, padeciendo mayor mal que los esclavos con sus señores? Porque ellos mandan cosas posibles; pero amor quiere y manda aquellas que no lo son, tornando y volviendo á los que siguen tu mandado muertos para consigo, y vivos para quien sirven, forzando este cruel tirano no solamente á darse los enamorados la muerte, pero aun á intentar otras peores cosas; porque yo, aunque moza, tengo leídos grandes daños causados por el amor. Quinto Flaminio, siendo cónsul en Francia, por causa de una su enamorada mandó cortar la cabeza á uno que no tenia culpa. Lucio Catelina, siendo enamorado de Aurelia Orestilla, y no queriéndolo ella aceptar por marido, por respecto que tenia un hijo de otra mujer, por la complacer y casarse con ella mató al hijo con sus propias manos. Semiramis, reina de Egipto; forzada de amor, se enamoraba de muchos vasallos

suyos, y en cumpliendo sus desesperados deseos los mandaba matar. Lucio Pediano tenia un esclavo, el cual se enamoró de una su esclava, la mas fea y disforme que hallarse podia; y como su señor le reprehendiese por amar cosa tan bruta, él le tomó tan gran odio que le mató. El gran Alejandro tomó por mujer á Rosanna, siendo él tan gran príncipe y ella una tan baja mujer. Marco Antonio, por amor grande que tenia á Cleopatra, dejó á Octavia, su propia mujer. Semiramis por amor perdió el reino, matándola su propio hijo; y otras cosas grandes por amor han acontecido, como los libros y grandes historias cuentan, y destas cosas están llenos; y así agora yo habiendo venido de tan lejos á saber de mi marido, ha querido mi ventura que amor me haya robado toda mi libertad, y haya ordenado que quiera á quien no me quiere, y ame á quien no me ama, sin habelle hablado ni visto mas que en unas justas, y pocas veces en esta ciudad.»

Y así estando llorando mi nueva desventura, toda bañada en lágrimas, y cansada de sospirar, entró por la puerta Ibrina, habiendo oido mis quejas y acompañando mis lágrimas con las suyas, y desta suerte comenzó de hablar, diciéndome: ¡Oh señora Isea! ¿Y de qué sirven tantos llantos y tan demasiadas quejas? ¿Y queréis matar haciendo tan grandes y nuevos estremos? Catad qué os aviso que echeis de vos aquestos nuevos cuidados, y que no los dejéis entrar; porque quien al principio no se entrega al amor, fácilmente resiste á sus encuentros y combates, pero quien le obedece jamás halla ni tiene medicina para curar su mal. Mirad la fin y considerad lo que puede ser, y no errareis en el prencipio; á lo cual yo respondí, que no estaba en mi mano, ni tenia fuerzas para resistir, y que quería esperar cualquier suceso que la fortuna me diese. Pero ella, aconsejándome bien, me mostraba por razones claras, que me debía apartar de amar y de querer á Clareo; porque, según ella tenia entendido de Rosiano, ningún remedio en él para mi hallar se podia, á lo cual yo le torné á decir, que conocia claramente lo que me decía, y que así era; pero que el amor me constreñia á seguir todas las cosas que peor me estaban, y dejar aquellas que mas me convenian. Y así no podia tomar ningún consejo, porque á mi voluntad no habia ninguno, antes ya como desesperada me entregaba á la mar de mis lágrimas, tan combatida de tristezas y continos cuidados, que sabia bien que presto me habian de anegar, y que así vencida de amor no podia obedecer á la razon; porque este poderoso dios se habia enseñoreado de mi cuerpo y alma, y que no era mucho, siendo yo una flaca doncella, pues lo habia hecho con Júpiter, dios de los relámpagos y llamas, y asimismo con Marte, dios de las sangrientas batallas; y habia causado y hecho que el sol guardase ganado, y que Hércules, siendo tan fuerte caballero, se asentase á hilar en los estrados en compañía de las damas y flacas doncellas, y así habia sido causa que Mirra se enamorase de su mismo padre, y otras de sus hermanos, y otras de sus mismos hijos; y así, que todos finalmente obedecian á este gran dios, el cual en todos mandaba, y entre todos reinaba como señor grande y poderoso.

A las cuales cosas, Ibrina decía, que no llamase dios á quien no seguia, ni guardaba, ni tenia razon ninguna, ni tal nombre le diese, porque todas sus cosas eran estremos, principalmente cuando prendia personas grandes y nobles y de gran valor; y que pues yo lo era, que proveyese con tiempo, y dejase de traer ejemplos para desculpa de mi gran yerro, porque ninguno habia mejor que seguirme á mi mesma, y seguir al principio la razon. Pero yo le respondí que no se cansase; porque antes veriamos la dura tierra sembrada de estrellas, y los cielos de simientes, y dar llamas la mar, que dejar yo de querer á Clareo; y así Ibrina me dejó. E yo recogida en mi cámara, sola hacia mis acostumbrados llantos, sin jamás

poder olvidar á quien tanto amaba y en mi alma tenia metido. No pasaron muchos dias sin que en mi rostro se empezó á notar mi mal, perdiendo el comer, no durmiendo de noche ni descansando de dia, sospirando siempre, amando la soledad, huyendo la compañía, unas horas me asentaba y luego me tornaba á levantar sin poder tener ningún reposo, abrasándome en vivas llamas, sin poder con ninguna esperanza aliviar mi mal, no queriendo ver claridad ni alegre cosa, entre paso y paso sospirando menudamente, acostándome en mi lecho desnuda de todas mis ropas; y luego tornándome á levantar y haciéndome volver á vestir, poníame á componer mis cabellos; y acabando me tornaba á destocar y á mudar otros vestidos de diversos colores, y así, sintiendo yo abrirse la puerta, temblaba pensando que seria algún recaudo de Clareo; y como me hallase engañada tornaba á mi pena llorando infinitas lágrimas, y dejando con ellas bañados todos los lugares adonde estaba, y algunas veces me subia á unas altas ventanas, de las cuales se veia la mar, y comenzaba de mirar aquellas bravas ondas, y quejábame porque me habian dejado con la vida, habiéndola quitado á Florisea; y estando allí contemplando mi triste suerte, comenzaba de cantar:

Quien triste vida sostiene
No le falte la esperanza;
Que la gloria que se alcanza
Muchas veces se detiene.
No desmaye el corazón;
Que en esperar hay victoria;
Mudanzas del mundo son
Tras la gloria la pasión,
Y tras la pasión la gloria.
No le dé pena tardanza
Si gentil ánimo tiene,
No pierda su confianza;
Que la gloria que se alcanza
Muchas veces se detiene.

Acabando de estar en esto un poco, me bajaba á un jardín, y por allí me comenzaba de pasear; pero luego mis cuidados me llevaban á otra parte, y sentábame un rato, y tomando una almohadilla comenzaba de labrar. Entre punto y punto, quedando olvidada y sospirando muy menudamente, labraba sobre dibujo la muerte de Leandro y de Hero, y así el sacrificio que se hizo de la sin ventura Ifigenia, y los amores de Fedra y quejas de Demofon por Filis, y acabando de labrar de dia, tornaba de noche á deshacer lo labrado, porque decía yo que, en acabando aquella mi labor, Clareo se casaría conmigo. Y estando labrando llamaba á mis doncellas, y venidas no se me acordaba lo que les queria; y desta manera viví muchos dias, siempre Ibrina importunando á Rosiano, que viese si podia acabar que Clareo se doliese de mí y de la pena que padecía. Quiso mi ventura, que andando las cosas de la manera que os he contado, hermosas y piadosas damas, que Clareo acordó de tomarme por mujer; y la causa fué porque como el año en que Florisinos habia de venir fuese pasado y él no viniese, Clareo y sus compañeros (habiendo ya gastado todo el haber que tenían) comenzaron de tener alguna necesidad, y por salir della hicieron con Clareo que por esposa me recibiese, poniéndole delante cuánto bien dello se le seguia, principalmente socorrer en tierra ajena á su necesidad, porque demás del trabajo que tendrían, era muy gran vergüenza que en una tierra en la cual tan honradamente se habian tratado, mostrasen flaqueza ni necesidad. Y con estas cosas aceptó Clareo de casar conmigo; pero fué con condicion que allí en Alejandria él me tuviese como propia hermana, diciendo que Dios no quisiese que, en tierra donde él habia perdido á Florisea, recibiese ningún gozo ni placer. Las cuales cosas todas me vino á decir Rosiano; y aunque el casamiento traia condicion tan áspera, yo me alegré tanto que de cosa ninguna mas alegre no pudiera ser; y respondí que era yo muy contenta en hacer todo lo que me mandase, y que aunque para mí, que tanto queria á Clareo, la condicion fuese recia y dura, yo estaba aparejada á obedecer.

CAPITULO X.

En el cual se cuenta cómo siendo Isea desposada con Clareo, acordaron de partirse á la ciudad de Efeso, y navegando por la mar adelante, aportaron á la insula de la Crueldad, y de lo que mas les aconteció.

Partido Rosiano con esta respuesta, al otro dia se vinieron todos á mi casa para que las bodas se celebrasen; y como Ibrina fuese tan rica y hermosamente toda la casa, y llegados que fueron Clareo y los que con él venian, yo les salí al encuentro, vestida con una ropa al uso de la tierra, de seda morada, toda atorzalada y recamada de oro, y con muchos golpes tomados con botones hechos de gruesas perlas, y todos mis cabellos cogidos con un rico garvin de pedrería; y así traia otras ricas joyas que ornaban mi persona y mostraban mi riqueza. Salí acompañada con cuatro doncellas mias y tres pajes, y otros que de mi tierra habia traído conmigo. Salieron todos vestidos de las mismas colores, conforme á lo que á cada uno convenia, y como yo quisiese tanto á Clareo, y amor me hubiese enseñado á ser osada, luego que lo vi lo comencé á tratar y dulcemente conversar; y así pasando algunas dulces y amorosas razones, las tablas fueron puestas llenas de muchos y diversos manjares, y yo, asentándome en frente de Clareo, aunque fingiese comer, no dejaba jamás de mirarlo á hurtadillas, apacentando mis ojos en aquellos hermosos suyos, y recreándome en esto; porque ninguna cosa hay mas suave al amante que mirar el objeto que ama. Porque aquel gran placer que se toma en mirar pasa por los ojos al alma, y llevando consigo la imágen de la cosa amada, la imprime fortísimamente en el espejo del ánimo, y esparciéndose aquella hermosura por todo el cuerpo, ámala el que quiere como á si mismo, lo cual á mi aconteció, y esto con mirar á Clareo, de mí tan amado y querido.

Y estando (como digo) así mirando, y olvidándome de comer, Clareo me preguntó graciosamente que por qué no comia, pues estando así parecia alguna figura de las que pintan en los convites; yo le respondí que era tan obligada á mis ojos, que á ninguna otra cosa podia ni queria obedecer; y con esto pasé el convite de aquel dia. Bien quisiera yo que Clareo se quedara aquella noche conmigo, pero no se pudo acabar con él, refiriéndose á la condicion puesta, y con esto se partió de mí con toda su compañía. Otro dia siguiente nos juntamos en el templo de la diosa Iside, porque allí, en presencia de aquella diosa, nos resolvísemos en lo que debíamos de hacer; y fué así que delante de aquellos sus compañeros, y de Ibrina y su marido (con juramento, porque así era el uso), me recibió por mujer, y yo á él por mi marido y señor de toda mi hacienda y gran haber; y esto pasó todo con la condicion ya dicha. Acabadas de confirmar las bodas, nos fuimos todos á mi casa y cenamos juntamente, y yo me deleitaba en extremo en mirar á Clareo, al cual dije: «pareceme, señor Clareo, que á mí en aquestas bodas me acontece como á los muertos, de los cuales no se hallan los cuerpos, y se les hacen vanas sepulturas, como estas bodas mias son.»

Pasadas todas estas cosas, yo determiné de partirme en Efeso; y mandando afretar una nao, despidiéndome de Ibrina y de su marido, nos embarcamos y comenzamos de navegar la via de la ciudad de Efeso; y habiendo algunos dias que con buen tiempo hacíamos nuestro camino, vimos de lejos una isla, la cual parecia tan oscura, que la noche no lo es tanto: parecia que unos humos negros de azufre salian della; las casas y arboledas eran todas negras y de negra color; las aguas que por ella corrian eran todas de color de sangre; oíanse grandes y dolorosos gritos y grandes alaridos, que ponian espanto á los que los oian, y así nosotros quedamos espantados, y con deseo de saber qué aventura fuese aquella. Y porque ya era

noche, mandamos á los marineros que deluviesen la nao hasta la mañana, porque queríamos saber qué tierra fuese aquella. Ellos lo hicieron así, y dijeron que era mejor tomar tierra, porque aquella, aunque tan triste pareciese, era segura, á la cual se llamaba la insula de la Crueldad, porque en ella estaban sepultados todos aquellos que cruelmente habian sido muertos, y que así era el uso de aquellas tierras que estaban cercanas y de mas lejos, que era traer allí á sepultallos. Yo quisiera que pasáramos adelante, por no quedar allí en tan triste tierra; pero Clareo no consintió, antes mandó tomar tierra. Y así lo hicimos; y sapiendo al puerto nos quedamos allí la noche, la cual fué tan larga que pensamos que nunca amaneciese, y era la causa porque el sol no parecia en aquella isla, antes huia della; pero habiendo entrado el dia, aunque oscuro, bien conocimos que era ya de dia, y comenzando á mirar la tierra, vimos muchas sepulturas de muchas personas que cruelmente habian sido muertas. Estaban allí sepultados los hijos de la cruel Medea; estaba allí Cleopatra, y dibujada en la sepultura la misma vibora que la mató; estaba también sepultado el cazador Hipólito, y cómo habia sido muerto y despezado sin tener ninguna culpa; y el gran Pompeyo, con la cabeza cortada por mandado del rey Ptolomeo; y Agamenon, por Clitemnestra su mujer, y ella por su mismo hijo, y otros muchos que no podemos ver. Porque estando mirando aquellas tristes sepulturas, vimos que al puerto aportaba una barca toda cubierta de paño de luto, y traía dentro dos tumbas en que venian sepultados dos sin ventura amadores, que cruelmente habian sido muertos, y venian haciendo llanto sobre ellos algunas doncellas vestidas de negro, llorando tan triste y piadosamente, que las hermanas de Faeton por él no hicieron mayores llantos. Nosotros, quedando espantados de aquella aventura, nos llegamos cerca de la barca; y, como es uso de nobles, comenzamos de consolar aquellas doncellas, deseando saber quién fuesen los que allí venian, y la causa por que allí los traian; las cuales, después de haber mas amansado su llanto, entendiendo nuestro deseo, nos comenzó la una dellas, tomando licencia de las otras, á decir en esta manera:

«Habeis de saber, corteses y nobles señores, que en la ciudad de Valencia, que es en España, los valencianos, gente belicosa y galana, ordenaron unas justas y torneos, y enviaron (porque viniesen á ella muchas gentes) carteles por diversas partes y á muchas ciudades cercanas, entre las cuales enviaron á Barcelona, de la cual vinieron dos caballeros principales y de gran renombre y valor, mancebos galanes y estremados justadores. Los cuales, después que llegaron á Valencia, lo hicieron tan bien que para siempre loor y fama alcanzaron; y pasados los torneos y justas se quedaron allí algunos dias, por ser Valencia tierra de mucho placer y agradable conversacion, y de hermosas damas y muchos caballeros, con los cuales comenzaron á tratar, entendiendo con ellos en honestos ejercicios, conformes y convenientes á caballeros. Avino pues así, que saliendo un dia estos dos mancebos (que Casiano se llamaba el uno, y el otro Falanges) á pasear por Valencia, pasaron por una calle, en la cual en un rico palacio, á las ventanas estaba una hermosa y agraciada dama, que Belesinda tenia por nombre, hija del mas principal caballero de Valencia y mas nombrado y mas rico. Esta Belesinda puso los ojos en Casiano, y verlo y quedar perdida por él fué todo uno, de tal suerte que parece que sus sentidos todos le fallcieron, y de todo quedó mudada; y por el contrario Casiano no solamente quedó libre, pero ni la vió ni miró en ella. Mas no le avino así á Falanges, porque la miró tan de veras, y puso los ojos tan ahincadamente en ella, que viendo su hermosura quedó sin ningún sentido. Pero, como Belesinda hubiese ya perdido la libertad con haber mirado á Ca-

siano, no vió ni miró á Falanges. De manera, señores, que Belesinda quedó presa y perdida por Casiano, sin él haberla visto ni solamente mirado, y Falanges por ella, á quien ella no conociera aunque le tornase á ver. Habiendo así amor ordenado esta aventura ó desventura, Belesinda mudado su placer en tristeza, sus ojos en llorar y sus sentidos en sospirar, comenzó á sufrir amarga y dolorosa vida, y no sabiendo quién fuese Casiano, padecía doblada pena. Pero amor, que á todo da ingenio y no remedio, le mostró camino por el cual tuvo manera como diese á entender á Casiano la certeza de su mal, enviándole una carta con un mensajero, quien le fió, en la cual le mostraba la causa de su atrevimiento y la razón de escrebille aquella letra, acompañándola con tan tristes razones que bastaban para ablandar cualquier duro y acorado corazón.

Recebida la carta por Casiano, quedó espantado; y como se le diese muy poco de las cosas del amor, libre y esentamente respondió al mensajero, diciendo, que él no sabía quien aquella señora fuese, ni menos la conocía, y que él estaba de partida para Barcelona; por tanto que no se cansase en volvelle á traer mas embajadas, porque no le hallaría mas en Valencia. Aquella respuesta fué tan triste á Belesinda, que por poco perdiera el seso, y tornando á enviar á saber de Casiano, le dijeron que en aquella misma noche se había partido; y así era verdad, que luego se partió dejando á Falanges, el cual fingiendo que tenía que hacer en Valencia, se quedó allí, y acaso topó con aquel mensajero de Belesinda, con el cual muy cortés y blandamente comenzó de hablar, como persona criada entre buenos; y entendiendo dél que era criado de Belesinda, quedó espantado, no sabiendo por qué causa buscaba á Casiano. Pero temiendo lo que podía ser (porque los que aman siempre temen), se holgó de Casiano ser partido, y dijo al mensajero que volviese de mañana á su posada, porque hallaría allí nuevas de Casiano, esto con propósito de tomarlo por medianero de sus amores. El mensajero se despidió dél, diciendo que volvería; pero Falanges le mandó dar antes que se fuese unas calzas y un jubon de raso carmesí, atorzalado todo con torzales de oro, de lo cual el mensajero quedó maravillado, y recibiendo aquel don, con besalle las manos por él, y ofreciéndose á todo lo que mandase, se partió, dejando á Falanges acompañado con sus nuevos cuidados y memorias de Belesinda. La cual, como supiese la partida de Casiano, en grandes cuitas y mortales deseos fué metida, mostrando tan gran mudanza que todas las personas se la conocían; y preguntándole la causa la disimulaba, aunque mal se puede encobrir la pena que por amor se padece; y tornó á enviar aquel mismo mensajero á saber si había alguna nueva de Casiano, y llegando á la posada de Falanges lo encontró en los mismos pensamientos; el cual después de muchas cosas le vino á descubrir la pena que por amores de Belesinda sufría, pidiéndole su favor y ayuda, y el mensajero se ofreció que haría todo su poder. Y con esto se despidió dél, tornándole Falanges á dar ricos dones, con los cuales se partió muy contento, y diciendo á Belesinda cómo de Casiano no había ningunas nuevas, le contó todo lo que con Falanges había pasado, con darle por consejo que lo debía de amar, porque con esto amaría á quien la quería, y olvidaría á quien no la amaba. Pero como amor estuviese ya tan señor della, no solamente no dió respuesta que contentase al mensajero, pero antes le reprehendió, y mandó que jamás delante della con tales mensajes pareciese.

Sabidas estas cosas por Falanges, en gran extremo las sentía, y no dejaba de por todas vías seguir su empresa, buscando todos los modos con que á Belesinda pudiese servir y ganar la voluntad, mostrándose continuo en el servicio, liberal en el dar y constante en el querer, y pa-

ciente en sufrir. Las cuales cosas no aprovecharon nada, porque Belesinda quería tanto á Casiano, que ninguna cosa por Falanges se le daba, antes lo aborrecía y quería mal, buscando siempre por todas vías y modos alguna manera con que su deseo pudiese pasar á las obras de su remedio; pero ningún bien ni contento en esta parte amor ni fortuna otorgarle quisieron. En este tiempo, habiendo entendido Falanges, que de no quererlo Belesinda era causa lo mucho que á Casiano quería, y que por este respecto jamás podría alcanzar buen fin, determinó de se partir para Barcelona con propósito de matar á Casiano, y como lo pensó lo puso por obra, y se partió de Valencia á Barcelona, donde habiendo estado algunos dias ordenó la suerte y tristes hados que una noche topó con un hermano de Casiano, que en extremo se parecía con él, así en la habla como en el cuerpo y aire de su persona, el cual estaba en una puerta esperando á su hermano, que en ciertos amores por aquella calle andaba; y como anduviese tan furioso en querer á Belesinda, arremetió á él, y á estocadas lo mató; y pensando que ninguno lo oyese, dijo: «ya no te querrá mas Belesinda;» lo cual lo oyó Casiano adonde andaba paseando, y conociendo á Falanges, arremetió á él, y dijo: «oh traidor, que mataste á mi hermano, que no tenía culpa ninguna!» Y en esto Falanges turbado se fué, y como la noche fuese oscura, pídolo hacer; y siendo persona tan principal en Barcelona, con favor de su padre y deudos (sabida la causa) se partió al reino de Aragon, y se tornó á Valencia, volviendo á sus mismos amores.

En este tiempo la muerte de Penamor (que así se decía su hermano de Casiano) fué sabida por todo el reino de Cataluña y Aragon, y muy llorada de sus padres y deudos que tenía, y las nuevas vinieron á Belesinda á la cual en extremo pesó, así por ella haber sido la causa, como por ser hermano el muerto de las cosas que mas amaba y quería, y luego determinó de vengarse; y sin mas pensar envió á decir á Falanges, que viéndolo su firmeza y la fe que le tenía, le quería hablar y galardonar sus grandes servicios, y que así le mandaba viniese á su casa por el lugar que el portador de aquel mensaje le ordenaría, á lo cual todo Falanges con demasiada alegría obedeció; y siendo recibido alegremente, y mostrándole Belesinda muestras de gran amor, lo metió en una cámara, y estando él descuidado y como atónito mirándole y contemplando su hermosura, ella le metió un agudo puñal por la garganta, y así lo mató. Y luego sin mas dilacion hizo llamar un hombre de quien se fió, y secretamente le ordenó lo que debía de hacer, y dándole una letra lo envió á Barcelona á Casiano, en la cual le decía que lo mucho que lo quería y amaba había sido la causa de haber hecho aquella venganza, y de matar á quien tanto la quería, y á tantos trabajos por ella se había puesto. Recebida la letra por Casiano, quedó turbado y no menos espantado, y viéndose ya vengado de Falanges, determinó de vengarse también de Belesinda, que de aquellos males había sido la causa; y así, haciendo detener al mensajero, mandó llamar al padre de Falanges, y entrególe á su hijo muerto y juntamente al que lo había traído; y contándole el caso, Perriandro, que así se llamaba, quedó atónito, y haciendo grandes llantos por su querido hijo, lo hizo meter en un ataúd y la vía de Valencia se partió, llevando consigo preso al mensajero de Belesinda; y llegado, la acusó y hizo meter en prision; y no pudiendo ella negar el delito, aunque persona tan principal fuese, la hizo degollar por justicia; y desta suerte murieron aquellos dos amantes, los cuales traemos aquí á sepultar á esta insula, porque fueron muertos cruelmente, como por la historia podeis haber visto.

Muy espantados quedamos de lo que aquella doncella nos contó; y como ya fuese tiempo de partir, consolando lo mejor que pudimos aquellas doncellas, nos metimos en nuestra nave, y la vía de Efeso comenzamos de hacer ve-

la; y como navegásemos con próspero tiempo, íbamos á nuestro placer, disputando cuál de aquellos dos amantes había sido mas cruel, ó Belesinda en matar á Falanges, que tanto la quería, y por ella á tantos trabajos se había puesto, ó Casiano en hacer matar á Belesinda por justicia. Yo decía que Casiano había cometido mayor crueldad; pero á la fin se concluyó Belesinda haber sido mas cruel, porque cuanto mas obligada es la mujer á la piedad, tanto mas es de culpar siendo cruel. Y con esto íbamos nuestro camino, contándome Clareo todas las cosas que con Florisea había pasado, hasta el tiempo que conmigo casado se había, de la manera que atrás tengo contado.

Y navegando desta suerte, habiendo ya algunos dias que por la mar andábamos, yo rogaba siempre con piadosas lágrimas á Clareo que de mí se doliese, y que gozásemos de la gloria y premio de nuestras bodas, diciendo: que pues ya estábamos tan lejos de Alejandria, que el juramento no se quebraba, ni á Florisea se hacía ninguna ofensa, y que no debíamos esperar hasta ser llegados á Efeso; porque los peligros de la mar eran grandes, y que no nos debíamos fiar en los vientos, que en una hora se mudaban, y que mirase que ninguno no nos impidiera, y que yo me quemaba en vivas llamas, pues era de blanda carne y no de duro mármol, y que aquellos abrazos de que gozábamos me abrasaban y encendían mas, y que no podía yo saber cómo tan gran fuego no traspasaba su duro pecho. A las cuales cosas Clareo me respondía, que él por ningún modo haría injuria á quien tanto había querido, ni á su sepultura, y que no renovase mas la memoria de la sin ventura Florisea, que aun no éramos salidos de la mar, pero que antes navegábamos sobre su sepultura, y que, según opinion de muchos, las ánimas de los que morían en la mar no descendían á los campos Eliseos, y por tanto que no se sabía, si su ánima andase cercando aquella nave, nos veía ir abrazados, y que aquel lugar no era de bodas ni de placer, porque no se habia de celebrar sobre las ondas peligrosas; porque siendo ellas de su natural mudables y no firmes, serian causa que las bodas aquí celebradas lo fuesen. A las cuales cosas yo respondía, que por cierto sus palabras eran todan sotiles y ingeniosas; pero que yo sabía cierto que todo lugar era conviniente á los amantes; porque siendo el amor dios, en toda parte defendía á todos aquellos que su señorío obedecían; y que la diosa Venus, madre del amor, era hija del mar, y que forzadamente habia de favorecer los que á su hijo eran sujetos, y que la diosa de las bodas seria muy contenta que aquí se celebrasen, y que la fortuna las enderezaría á próspero fin, y que bien se sabia quel dios Neptuno en la mar habia desposado á Anfitrite, y que las hermosas Neréidas, metidas en sus vidradas casas, aquí celebraban sus bodas, y que este buen tiempo que llevábamos mostraba el dios Himeneo con estos sabrosos vientos, para buen principio de nuestro amor. A las cuales cosas Clareo en conclusion respondió, que no me curase de filosofar, porque él juraba por aquel mar y por el dios dél, que hasta ser llegado en Efeso no quebraría su juramento, y que prometía por los dioses inmortales, que él lo deseaba mas que yo, y que no seríamos llegados cuando él mismo rogaria con lo que agora yo le demandaba, y que no quisiese ensañar la mar ni las ondas con aquellas palabras, porque él habia oido decir á los marineros que las leyes de los mares eran, que en ellos no se celebrasen bodas ni matrimonios; con las cuales palabras por sosegalo y no enojallo me callé, y hablando en otras cosas volvimos á seguir nuestro viaje.

CAPITULO XI.

En el cual se trata, cómo navegando Clareo con su compañia se levantó tormenta en la mar, y pensando de ser perdidos, aportaron á la insula de la Vida, y de las grandes cosas que en aquella insula vieron.

Después de haber caminado algunos dias con próspero tiempo, se levantó un dia gran tormenta en la mar, de

suerte que pensamos ser anegados, porque todos los vientos contrarios nos comenzaron á combatir, rompiéndonos y despedazándonos las velas, y las bravas ondas parecía que unas veces nos subian al cielo, y otras nos bajaban á los abismos; y así el patron de la nao no sabia qué hacerse, y desta manera perecíamos sin esperanza ninguna de salud, y como muertos comenzábamos á decir: oh Dios! y ¿por qué consientes que así perezcamos, y seamos manjar de peces, y nos sea negada sepultura? Y Clareo quejándose mas, decía, que bien sabia que merecía él aquella muerte, por causa de Florisea; pero que no por tanto merecíamos nosotros de morir. Y estando así con estos llantos, la tormenta no cesaba; pero como la fortuna me fuese tan contraria, quisieron mis hados que no muriese allí, porque viniese á padecer y sufrir el mal que agora sufro, porque la tormenta cesó, y la mañana venida vimos una muy hermosa insula poblada toda de hermosas casas y grandes arboledas; y preguntando á los marineros si conocían qué tierra fuese aquella, respondieron que se llamaba la insula de la Vida, y que la razón de tener tal nombre era, porque de mas de la insula ser la mas fértil y abundosa que en aquellas partes ni en otras se podia hallar, que las gentes que allí habitaban eran las mas avisadas y cortesanas que en el mundo hallarse podian, y de mejor y mas suave conversacion; y que así los que entre ellas moraban se podian decir, vivir, holgar, y tener placer y contento, porque quien no trata entre gente sabia, siempre muere y nunca vive. Y dijeron mas: que en aquella tierra residia y estaba el duque de Atenas, que se habia venido á morar allí; y que como él fuese mancébo y nuevamente casado, que en su casa habia todo género de conversacion, porque habia en ella muchas damas y caballeros amigos, de buena crianza y usados y criados en ella.

Nosotros, como estuviésemos fatigados de la tormenta, pareciónos de reposar allí algunos dias, y así tomamos tierra, y salidos en la insula nos fuimos á una posada; pero llegados á ella, luego de parte del duque vinieron dos caballeros, y con tan buena crianza nos hablaron que no pudimos dejar de no nos ir con ellos al palacio del duque, y luego nos hicieron mostrar su casa, la cual vimos y nos pareció la mas linda y hermosa que jamás habíamos visto. Pareciónos que era toda fabricada de oro y de cristal, con tan hermosas cuadras y salas que era maravilla de velas, todas tan bien labradas que sobra la obra artificial á cualquiera otra natural; que cierto las pirámides de Egipto, ni el templo de Júpiter Amon, ni de la diosa Diana, no se podian con gran parte comparar en riqueza ni en labor con aquel hermoso y rico palacio. Era todo rodeado de claras y hermosas aguas, que iban corriendo por diversos caminos, todos cubiertos de cedro, y habia jardines llenos de tantas y tan diversas flores, cuantas en los muy floridos campos de la natura producidas se podrian hallar. Estaba mas adelante un gran bosque, lleno de tantos árboles sombríos que no tenia el sol por donde poder entrar, en el cual se criaban diversos animales, como tigres, onzas y leones; y á otra parte otro, adonde habia otros más domésticos. Pareciónos finalmente aquel gran palacio ser lleno de todos los deleites del mundo, y ser la mas bella fábrica que jamás nuestros ojos habian visto ni mirado.

Acabando de ver tan estremada casa, salieron muchos caballeros y damas á nos recibir, con tan corteses y amorosas palabras, que de velas y oillas quedamos espantados; y todos nos hablaban tan amorosa y agraciadamente, como si gran tiempo nos hubiésemos criado juntos. Yo viendo y mirando gente tan cortés y bien criada, conmigo misma decía: «bienaventurada la leche que mamastes, y la buena crianza que aprendistes, y bienaventurados aquellos que entre tan ahidalgada conversacion viven, y de poca ventura se pueden llamar los que les cupo en suerte tratar con gente soberbia, bárbara y mal acondicionada, de la cual honra ni bien se puede haber ni sacar!»

Acabando de en mi ánimo decir aquellas palabras, nos entramos á hacer acatamiento al duque, el cual hallamos asentado en una silla, que parecia ser toda de oro. Estaba en una gran sala toda entoldada de rica tapicería, en la cual estaban con oro y seda tejidas diversas historias, así fabulosas como verdaderas. Estaba allí la duquesa muy ricamente vestida, rodeada de muchas damas y doncellas lozanamente ataviadas con ropas de seda y oro, y gran diversidad de perlas y joyas. Del duque y duquesa fuimos bien recibidos; y preguntándonos la causa de nuestra venida, le respondimos, que la tormenta nos habia echado en aquella tierra, porque nosotros éramos extranjeros de muy lejos de aquellas partes, y que nuestro camino era en Efeso, y que como nos hallásemos cansados nos habia parecido descansar en aquella tierra, que tan hermosa parecia, y que á lo que con los ojos veíamos lo era mucho mas. El duque respondió cómo á él le placia nuestra venida, y que holgaria que allí nos detuviésemos algun día, porque mejor viésemos la tierra, y conociésemos los usos della. Nosotros, con dar las gracias debidas, aceptamos la merced, y así nos quedamos allí algunos días, de los cuales, hasta que la fria tierra recibía en sí este mi atribulado y cansado cuerpo, yo tendré memoria y soledad, y derramaré infinitas lágrimas, como hago agora escribiendo esto que aquí escribo, rompiendo estos valles adonde me hallo con grandes suspiros, los cuales doy y daré hasta la fin de mi vida, sin tomar consejo de ninguno, porque ni me aprovecha ni lo quiero.

Tornando pues á la historia, la duquesa me tomó consigo, porque yo dije que era hermana de Clareo, que así lo habíamos ordenado, y el duque mandó aposentar á Clareo con un su sobrino. Venida la noche, comenzaron en la sala á tañer suaves y muy ricos instrumentos, de muchas y diversas maneras, y luego las tablas fueron puestas, adonde el duque, por nos hacer honra y por extranjeros, nos mandó sentar consigo, donde fuimos servidos de muchos y diversos manjares; pero lo que mas nos hacia maravillarse era ver cuán diligentemente unos y otros servían, y con cuánta crianza y reposo, honestidad y demasada gracia lo hacían. Las cuales cosas yo considerando y desmenuzando parte por parte todas, decía: « ¡oh bienaventurado tú, que de tantos hijos de buenos te sirves, porque en verdad yo creo, que en esta vida no hay otra mayor bienaventuranza, ni cosa de que mayor envidia á los grandes se deba tener, ni menos hay mayor mal ni mayor lástima que servirse de aquellos que no lo son! Alzadas las mesas habiendo estado un poco el duque en conversacion con aquellos caballeros criados suyos, y la duquesa con sus damas, pasando entre todos muchos y graciosos donaires y cosas agradadamente dichas, el duque mandó que nos fuésemos á nuestras posadas, y que en la mañana iríamos á caza, y á la noche habria sarao; y así cada uno se fué, y yo recogida conmigo comencé de pensar en cuántos trabajos me traía la fortuna, y cuán gran reposo era el de aquella gente, y cuán bien empleado, pues que tan alegremente vivían, gastando todo lo que tenían con grande ánimo en dulce vida y suave conversacion.

Venida la mañana, todos fuimos en pié, y dos doncellas de parte de la duquesa me trujeron vestidos de monte y ansimismo los llevaron dos pajes á Clareo; y puesto todo en orden salimos á montar por aquellos bosques que junto á la casa estaban, y salió el duque muy acompañado y con tanto aparato, que un príncipe no pudiera salir mas. La caza fué muy apacible y de gran regocijo, y matando algunos venados y puercos, nos volvimos á casa con tanto estruendo de trompetas y atabales, que parecia hundirse la insula. Y apeándose en palacio el duque con la duquesa, todos nos fuimos á despojar de aquellos vestidos de monte, y nos volvimos á la misma sala de la posada, y luego cenamos, porque el duque habia ordenado que hubiese aquella noche cierta conversacion, que solian usar,

la cual era, que acabando de cenar entre sus caballeros y damas se trataban y disputaban algunas quistiones y burlas agraciadas y discretas; y esto sotilmente y sin ningún perjuicio, con mucha cordura y discrecion, no porfiando, ni dando voces ni gritos, ni tractando de los linajes, ni de las tierras ó naturales, la cosa mas baja y menos usada entre personas avisadas y celosas de tener buen nombre; porque los hombres de precio y valor sus obras han de tener por padres, y sus virtudes por natural y tierra, y con esto lustran y esmaltan sus personas, y aumentan su linaje, y con no ser nobles y virtuosos lo menoscaban y desmenuyen.

Ser uno nacido de noble sangre y de hidalgos padres, yo lo tengo por bueno en verdad; pero el alegallo ni decillo es de personas que estriban poco en su condicion y obras. Allí en aquella conversacion no tractaban ni reprehendian las cosas que no se saben, lo que ninguno, siendo avisado ó buen cortesano, debe hacer; porque á cada uno conviene tractar la cosa que sabe, y de otra manera no es sabio, ni entre aquellos que lo fueren por tal será tenido. No se tractaba allí quién come bien, quién viste mejor, quién gasta mas; porque de todas estas cosas el buen cortesano huye mas que de ponzoña ó rejalar. Allí finalmente hablaban poco, y no incitaban á hablar mucho, gastando mas tiempo en pensar en lo que decían que no en decillo.

Tornando pues á la historia, asentados que fuimos á la mesa y servidos cumplidamente, alzadas las tablas, el duque estuvo esperando que todas las damas y caballeros volviesen de cenar, en el cual tiempo se cantó suave y dulcemente toda la historia de Dafne con Apolo, y cómo él se dolía y ella se tornaba en lauro. Acabada la música, entraron aquellas damas y caballeros tan agraciada y ricamente vestidos, que muy gran placer recibían los ojos en mirarlos; y puestos todos en orden, el duque mandó que la contienda de aquella noche fuese entre Melisena, una dama de la duquesa, y Roselindos, un su caballero; y así sosegados todos, Melisena preguntó cuál era mas dificultoso, fingir amor con no tenello, ó encubrirlo con tenello; á lo cual Roselindos respondió, que era mas difícil encubrirlo; porque quien fengía, que era señor de sí, y que podía bien hacerlo; pero el que amaba, que no estaba en su mano poder encubrir el amor que tenía. Pasó mas adelante Melisena diciendo, que se debía de tener en mas: una dama hermosa y no avisada, ó discreta y no hermosa. Respondió Roselindos, que en mas se debía de tener la discreta, y que la razon era porque la discrecion era hermosura del ánimo, y la beldad era dote del cuerpo, la cual con el tiempo perecía, y que la cosa del ánimo siempre permanecía; y que demás destas razones, que ninguna cosa, por de gran precio que fuese, se podia igualar con el saber; porque la persona sabia sabia hablar, sabia conversar, sabia callar, sabia finalmente seguir la razon. Preguntó más: si puede haber amor sin celos; respondió que no, porque amor es cosa llena de cuidado congojoso, y que quien ama siempre teme, y que celos no es otra cosa sino temer que la cosa que amais no os ame, sino quiera y ame á otra persona, y que en tanto se estiende este mal, que así como es el mayor de todos, así en él hay mayores estremos de lo que hay en otro ninguno. Preguntó qué señal habia mas clara para saber si una persona amaba; respondió, que tener celos de otra. Preguntó qué partes habia de tener una persona para que la amasen; respondió, que ser secreta. Preguntó, qué quién era mas constante en amar, si el hombre ó si la mujer; respondió, que el hombre, como mas fuerte y dotado de cosas mas firmes que no la mujer. Preguntó, si el amor convertido en odio tendria tanta fuerza como solia tener aquel amor de antes; respondió, que no, y la razon era, que por amor grande muchos se habian muerto, perdiendo su vida, pero que por odio, ninguno. Preguntó, que cuál

era mas poderoso, si el amor ó si la avaricia; respondió, que el amor, pues hacia liberal al avaro; y desta manera se concluyó aquella plática, y la duquesa me importunó, que yo pusiese alguna quistion, de lo cual yo me escusé.

Pero á la fin quise errar con obedecer, y dije: « yo queria saber destas damas y caballeros, qué debía de responder un caballero, que queria encubrir sus amores, á una pregunta que tres damas le hicieron: para lo cual es menester saber que en la ciudad de Alejandria, donde yo agora con mi hermano Clareo vengo, habia un caballero el cual servia á tres damas, y ninguna dellas sabia de la otra, porque cada una pensaba ser sola, porque el caballero se habia en sus amores tan cuerdate, que dél no se podia entender mas, que solamente servia á una sola, como en la verdad sirviese y amase á todas tres. Pues avino así, que la una dellas le dió una medalla, y la otra una cadena, y la otra una rica espada, con las cuales cosas él se iba paseando un día, riberas de un rio. Y hallándose aquellas damas en aquella parte, pusieron todas los ojos en él, y comenzaron con mucha aficion de loar cuán agradadamente le estaban aquellas lindas preseas que llevaba, loando cada una dellas aquella que le habia dado; y como no estuviesen conformes, porque la que le habia dado la medalla, la loaba, y quien la espada, y quien la cadena lo mismo; y así por quitar esta contienda acordaron de mandarlo llamar, y cortesmente saber del cuál de aquellas piezas estimaba y queria mas, pensando cada una que luego responderia que la que ella le habia dado. Dúdase qué responderia para que todas ellas quedasen contentas, y no sospechase una de otra. A esta mi pregunta hubo diversas y muy diferentes respuestas; pero la verdadera dió un caballero extranjero, que allí con el duque se estaba holgando, diciendo que el caballero debía de responder, para poder satisfacer á todas aquellas damas, que de aquellas tres piezas él estimaba mas aquella que le habia dado la dama á quien servia; porque así cada una lo entenderia por sí, y todas quedarían contentas. La cual respuesta fué aprobada y loada por todos aquellos caballeros y damas, y con eso, pasada muy gran parte de la noche, nos recogimos, siendo ya en aquella casa tan queridos como si mucho tiempo en ella hubiéramos conversado; porque esto tiene la gente noble; que luego ama y favorece, haciendo en esto su oficio, y lo que por natural tiene y en la leche mamó.

CAPITULO XII.

En el cual se trata de los honestos ejercicios que en aquella insula se usaban, y de cómo Clareo halló allí á Menelao, aquel cosario que le habia robado á Florisea, y lo desafió y mató en campo.

Pasada aquella noche, otro día que nos levantamos fuimos á palacio, y era cosa de espantar ver los honestos ejercicios que en aquella insula y casa usaban; porque unos tañían, otros cantaban, otros esgremían, otros jugaban al ajedrez, otros á la pelota, otros estudiaban, otros se iban á caza, otros se ejercitaban en cabalgar, otros en justar, y otros en tornear, y en otros diversos y honestos ejercicios; y así las damas con gran honestidad y señorío acompañado de cortés crianza entendían en sus labores; y lo que mas me espantó en aquella casa era la gran honestidad que en las palabras habia y el poco perjuicio; porque no hay cosa peor ni de mayor flaqueza, que privar uno con su príncipe con decir mal de otro su compañero y amigo, como agora acontece y cada día vemos. Habiendo pues estado allí algunos días y queriéndonos partir, el duque ni duquesa no lo consintieron, antes nos hicieron detener allí gran tiempo, en el cual aconteció, que un día que Clareo entraba á ver al duque, como siempre usaba, vió estar entre aquellos caballeros á Menelao, aquel cosario que á Florisea habia robado, como atrás os habemos contado; que cuando lo vió y se afirmó en ser él, toda la color se le mudó, y todo turbado se en-

tró al duque y le dijo, que su señoría supiese, que allí en su palacio estaba un cosario, el cual le habia matado cruel y traidoramente á las cosas que él mas habia amado y querido, y por quien mayores trabajos habia pasado; y entonces brevemente le contó la historia como pasaba, y que por tanto suplicaba á su señoría que le mandase hacer cumplida justicia, pues que así convenia á tan gran príncipe; y que donde no, que él se vendaria, y en campo como buen caballero se combatiría con quien tanto mal y daño le habia hecho.

El duque quedó espantado en oír á Clareo, y le respondió, que á él pesaba de que en su tierra se hallase persona que le hubiese dado sobresalto; pero cuanto á hacer justicia, que supiese que él no podia hacerlo de ninguno, que no fuese su natural, y que así lo tenia establecido por ley, por respeto que muchos caballeros, que tenían quistiones se venían allí á se amparar y defender de las injusticias de aquellos reinos donde habian cometido el delito. A lo cual Clareo replicó, que aquello se debía de entender, cuando las quistiones fuesen honrosas; pero que lo que aquel habia hecho era traicion, y por tanto debía ser castigado. El duque á la fin concluyó, que él no podia hacer aquella justicia; pero que pidiese campo y desafiase á Menelao, y que él se lo haria dar, siendo Menelao contento, lo cual aceptó Clareo, y llamando á Menelao delante del duque, le puso la acusacion, contando todo el caso delante de aquellos caballeros y damas, que muy espantados quedaron; y cuando vino á decir que habia cortado la cabeza á Florisea y arrojado el cuerpo en la mar, todas las damas hubieron gran piedad, y los caballeros reprehendieron y afearon tan gran crueldad. A las cuales cosas Menelao respondió sosegada y mansamente, diciendo que él no conocia á Clareo, ni jamás lo habia visto, y así negaba todo lo contra él dicho; y que se espantaba mucho que delante tan gran señor, como era el príncipe, ninguno se atreviese á decir ni levantar tan gran falsedad. Estaba allí Rosiano y algunos criados de Clareo que sabían la verdad, y cómo habia pasado la cosa, y así lo contaron al duque, y Rosiano dijo que él se combatiría con Menelao sobre la tal razon, dándole su señoría licencia.

Pero Clareo no consintió, antes dijo que á él convenia hacer aquella batalla, y que lo que habia dicho era la pura verdad, que no habia otra; y así lo mantenía, para lo cual lo desafiaba, y decía que él habia robado y muerto á Florisea, teniendo con él amistad de hermano, lo cual habia hecho cautelosamente, como traidor y malvado que era; y que esto él se lo haria conocer en campo, á uso de bueno y leal caballero. Como Menelao se viese así desafiar, y él no hubiese mandado matar á Florisea, y se confiase en sus fuerzas, aceptó el desafío; y dados los gajes, quedó asentado que el día siguiente se hiciese la batalla, lo cual á mí dió gran pena por temer el peligro de Clareo, por que Menelao era muy nombrado y membrado y de grandes fuerzas; pero, disimulando lo mejor que pude, pasamos el día, en el cual no se habló en otra cosa mas que en la batalla siguiente, y en la gran crueldad de Menelao.

Venido el día, el duque mandó cercar un campo grande que delante los palacios estaba, y mandó armar gente que lo tuviese seguro; y venidos á la finestra el duque y duquesa con muchas damas y caballeros, y yo entre ellos, estuvieron esperando la fin de aquella batalla, á la cual, venidos los dos caballeros armados de todas armas, mandó á dos principales hombres que fuesen jueces; y entrados en el campo y partido el sol, comenzaron una brava y sangrienta batalla, la cual duró cuasi dos horas, y descansando tornaron á ella, yo siempre temblando y rogando á Dios que sacase con bien á Clareo della; y así todas aquellas damas mis amigas, por el gran bien que todas me querían. Y á la fin, como Clareo tuviese la justicia, Dios se la dió; porque aunque Menelao fuese mas versado en las